

Francesc-Marc Álvaro
El franquismo en
tiempos de Trump



FRANCESC-MARC ÁLVARO

El franquismo en tiempos de Trump

Traducción de Verónica Nieto

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Institut Ramon Llull

Título de la edición original: *El franquisme en temps de Trump*
Traducción del catalán: Verónica Nieto Foco

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2026

© Francesc-Marc Álvaro, 2026
© de la traducción: Verónica Nieto, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Gama, S.L.
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 550-2026
ISBN: 979-13-88019-48-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Una farsa miserable	11
Conmemoración de plástico	25
Atraídos por el punk ultra	37
Cuando ser facha es <i>trendy</i>	51
Vox, el neofranquismo transparente.	65
La coartada del <i>procés</i>	89
Feijóo no es Merkel	103
Los restos más o menos visibles del régimen	123
Cuando la verdad no pesa	141
Nosotros, ¿los antifascistas?	161
Bibliografía	185

El fascismo no es un nuevo orden social en el sentido estricto del término. Es el futuro que se niega a nacer.

ANEURIN BEVAN

Me atrevería a decirle que luchamos precisamente por matices, pero por unos matices que tienen la importancia del propio hombre. Luchamos por ese matiz que separa el sacrificio de la mística; la energía, de la violencia; la fuerza, de la crueldad; por ese matiz aún más leve que separa lo falso de lo verdadero y al hombre que esperamos, de los cobardes dioses que ustedes soñarán.

ALBERT CAMUS,
Cartas a un amigo alemán

El repentino incremento del apoyo a Vox en España constituye también un signo de que el nacionalismo español no desapareció con la muerte de Franco, simplemente entró en hibernación.

ANNE APPLEBAUM

El fascismo del siglo XXI no tendrá el rostro de Mussolini, Hitler o Franco ni el del terror totalitario, pero sería falso deducir de esto que nuestras democracias no estén en peligro.

ENZO TRAVERSO

Una farsa miserable

Confieso, de entrada, que yo estaba preparado –como muchas personas de mi generación– para aterrizar en un mundo adulto en el que sería inevitable el apocalipsis nuclear. En aquellos años setenta y ochenta de mi infancia y adolescencia, todo giraba alrededor de la posible –aunque no del todo probable– destrucción de la humanidad a causa de la fisión nuclear descontrolada. El hongo atómico, presente en miles de fotografías y carteles, era el icono de un futuro cercano que nos esperaba amenazante. Era algo tan corriente como aquella pegatina que representaba la cara de un solecito simpático y decía lo de «¿Nuclear? No, gracias». Esperábamos el paisaje que había descrito Manuel de Pedrolo en su novela *Mecanoscrito del segundo origen* –de lectura obligatoria en la escuela– y que nos llegaba también en docenas de películas y cómics. Pero la realidad siempre está maquinando para desconcertarnos e intentar dejarnos fuera de juego. Nos habíamos mentalizado para la explosión nuclear, pero lo que nos ha tocado vivir es el renacimiento de los fascismos.

Nuestra generación –la de los que pasamos de los cincuenta– puede decir que ha tenido el honor de llegar a la juventud cuando la terrible pandemia del sida mataba a parientes, amigos y conocidos, así como el honor de atravesar el puente de la madurez cuando el nuevo autoritarismo posdemocrático gana elecciones en varios países de Europa y tiene en las manos la

presidencia de la primera potencia mundial, los Estados Unidos de América.

Y los fascismos tienen nombres distintos en función del lugar en el que se reproducen. Habrá que recordar que, en España, el fascismo que triunfó y gobernó casi cuarenta años, después de un golpe de Estado y de una guerra civil, se llama franquismo. Nací bajo el régimen del general Franco y recuerdo perfectamente el día de su muerte, el 20 de noviembre de 1975. Hoy, cincuenta años después de esa fecha, asisto –con una extraña mezcla de incredulidad, estupor, asco, indignación y dolor– a la rehabilitación del franquismo, su enaltecimiento desacomplejado, su actualización planificada, su presencia en las calles y al crecimiento electoral de sus partidarios, que tienen fuerza suficiente para influir directamente en las políticas de diversos ayuntamientos y comunidades autónomas.

Luciano Canfora, prestigioso historiador italiano, sostiene que el fascismo –el que nace con Mussolini– no murió. Podemos decir lo mismo del franquismo en España. Ahora tenemos la inquietante evidencia, por si alguien lo dudaba.

El mensaje, el legado y el objetivo de Francisco Franco, el dictador español, están vivos. El 26 de noviembre de 2024, en sesión plenaria del Congreso de los Diputados, Manuel Mariscal, joven parlamentario del partido de ultraderecha Vox, dice lo siguiente desde su escaño: «Y gracias a las redes sociales muchos jóvenes están descubriendo que la etapa posterior a la guerra civil no fue una etapa oscura como nos vende este gobierno, sino una etapa de reconstrucción, de progreso y reconciliación para lograr la unidad nacional». Una etapa de progreso y de reconciliación, dice. Se trata de afirmaciones radicalmente falsas, contrarias a la verdad factual del pasado que ha documentado la historia.

Periodista de formación, antiguo militante y trabajador del Partido Popular, Mariscal nació en 1992, diecisiete años des-

pués de la muerte del general golpista que se alzó contra la Segunda República e instauró, tras vencer en el campo de batalla, un sistema autoritario que asesinó, encarceló, torturó, persiguió y silenció a todos los que eran considerados enemigos del régimen. Mariscal es replicado sobre todo desde las redes, pero no rectifica ni matiza. El diputado ultra sabe lo que dice y los motivos para decirlo.

Esto no es algo aislado ni un gesto casual. Vox es un partido que reivindica, de todas las maneras posibles, el legado del franquismo. Sin manías. No se define como franquista, pero no lo necesita. Sus votantes, simpatizantes y militantes se sienten perfectamente cómodos con afirmaciones como la mencionada. El franquismo no les molesta, sino todo lo contrario. De hecho, hay muchos españoles que justifican, relativizan, comprenden e, incluso, se sienten orgullosos de los años en los que España era un residuo de las dictaduras surgidas en los convulsos años treinta y cuarenta del siglo xx, a la sombra del fascismo y del nazismo. Pero Franco, como sabemos, no fue derrotado por los ejércitos aliados que liberaron Europa en 1945. Franco fue lo suficientemente hábil para desmarcarse de aquellos que –alemanes, italianos– le habían ayudado a aplastar a las tropas republicanas y, aprovechando el nuevo marco de la Guerra Fría, se ofreció a Estados Unidos como un baluarte contra el avance del comunismo en la Europa meridional. Por eso –y por otros factores diversos– su dictadura se prolongó hasta el momento en que, tras una larga agonía, falleció.

Hoy, lo que hace Vox no es otra cosa que reavivar las cenizas nunca apagadas del todo de un franquismo arraigado socialmente gracias a que recibió el aval exterior de los estadounidenses y de las democracias vecinas, a la vez que nunca se vio interpelado por la culpa y la vergüenza colectivas presentes, en cambio, en sociedades como la alemana, que atravesó la posguerra como nación ocupada y perdedora. En esta labor, Vox

cuenta con la colaboración de medios, asociaciones, plataformas y colectivos, como la Fundación Nacional Francisco Franco, que actúa sin problemas cuando escribo estas páginas. Los nostálgicos del franquismo vivían con cierta vergüenza y acomplejamiento su condición durante la transición; hoy, en cambio, los neofranquistas de Vox y asociados enarbolan esta bandera no sólo con orgullo, sino también con complacencia, fanfarronería y voluntad de provocación. Saben que tienen el viento a su favor.

Santiago Abascal forma parte de la familia ultraderechista internacional, junto a figuras como la francesa Marine Le Pen, el italiano Matteo Salvini y el húngaro Viktor Orbán. Hasta aquí nada extraño. Pero el líder de Vox cuenta también con un socio más importante que todos ellos: Donald Trump, el presidente republicano de los Estados Unidos de América por segunda vez desde el 20 de enero de 2025. Trump hizo llegar, en 2022, un mensaje grabado a la fiesta anual de Vox en la que señalaba a Abascal como su representante político en el Estado español. En febrero de 2024, el líder de Vox se encontró por primera vez en persona con su padrino estadounidense en Washington D. C., durante la Conferencia Política de Acción Conservadora (CPAC), la reunión que el ala más derechista del Partido Republicano celebra cada año. El hombre que se sienta en el despacho oval tiene línea directa con el jefe de los ultras españoles, que a día de hoy constituyen el tercer grupo del Congreso de los Diputados, con 33 escaños, y tienen un peso relevante en autonomías gobernadas por el PP como País Valenciano, Baleares, Murcia, Extremadura, Castilla y León y Aragón. Un neofranquista y un continuador del cargo que ejerció George Washington van de la mano, la fotografía es chocante. Pero quizá no tanto. Hagamos memoria, reculemos un poco.

El 21 de diciembre de 1959 hacía frío y llovía en Madrid, pero la gente salió a la calle porque las autoridades tocaron el

silbato y la ocasión lo valía. En la base norteamericana de Torrejón de Ardoz, aterrizó un Boeing con un viajero muy especial: Dwight D. Eisenhower, 34.º presidente de Estados Unidos. Tras bajar del aparato, el principal mandatario del planeta abrazó al dictador Franco, que, vestido de militar y con gorra de plato, estaba exultante. La fotografía de este abrazo es la imagen más clara de la integración de la dictadura en el orden mundial regido por la lógica de la Guerra Fría. Un coche descubierto hizo el recorrido triunfal hasta el centro de Madrid. El paseo de la Castellana estaba lleno hasta los topes, con miles de personas que gritaban: «Ike, Ike», con pronunciación castellana, lo que obligó al visitante a preguntar qué diantres estaban diciendo. Eisenhower era conocido con el apodo de Ike. Esa misma noche, Franco ofreció una cena de gala a su huésped, y al día siguiente se celebró un desayuno de trabajo. La visita fue muy breve, pero fue un gran éxito de Franco: esa fecha se consideró como el fin del aislamiento internacional del régimen surgido de la victoria militar de 1939. De este modo, el antiguo socio de Hitler y Mussolini se convirtió en un socio preferente en la batalla contra el bloque comunista que lideraba Washington.

Este camino había comenzado seis años antes, en 1953. El 27 de agosto de ese año, se firmó el Concordato entre la Santa Sede y la España franquista; el Estado pontificio legitimó la dictadura y las autoridades españolas reconocieron que el catolicismo era la piedra de toque del régimen. Uno de los artículos del Concordato establecía que los sacerdotes españoles «diariamente elevarán plegarias por España y por el Jefe del Estado». Poco después, el 26 de septiembre, el gobierno de Franco firmó unos acuerdos con el gobierno de Estados Unidos que contemplaban ayuda económica y un importante convenio militar. Del brazo del que fue llamado «amigo americano», el Estado franquista empezó a moverse en la escena internacional y logró ingresar en Naciones Unidas en 1955.

La paradoja chocante y dolorosa del abrazo de Franco e Ike para cualquier demócrata –incluyendo a los miles de exiliados republicanos– es que el presidente de Estados Unidos, militar de profesión, había sido el comandante supremo de las fuerzas aliadas expedicionarias que dirigió el desembarco de Normandía, el despliegue de las tropas hasta el momento de la rendición de los nazis y el jefe de las fuerzas norteamericanas de ocupación en Alemania. Eisenhower era un campeón del combate histórico contra Hitler, una figura emblemática de la operación que liberó a Europa desde el frente occidental (mientras, desde el frente oriental, lo hacían las tropas soviéticas), pero acabó abonando la triste tiranía celtibérica. Era esencial desde el punto de vista estratégico, más allá de cualquier otra consideración. Después de todo, habían pasado ya catorce años del final de la Segunda Guerra Mundial, los enemigos de antaño podían transformarse en amigos.

Se atribuye a lord Palmerston, primer ministro de la reina Victoria, una frase que resume el realismo político en las relaciones internacionales: «Los ingleses no tenemos aliados eternos, ni tenemos enemigos perpetuos; nuestros intereses son eternos y perpetuos, y nuestro deber es cuidarlos». Británicos, estadounidenses y cualquier otro Estado asumen esta doctrina. Los intereses geoestratégicos de Estados Unidos y de sus aliados –enfrentados al bloque comunista que lideraba la Unión Soviética– hicieron posible que uno de los dictadores surgidos de la tormenta de los años treinta obtuviera el visto bueno de las democracias homologadas, algo que ya había visto venir el escritor Agustí Calvet, *Gaziel*, en 1951: «Insisto: la esperanza de que Estados Unidos, a fuerza de infiltrarse en la vida española, llegue a tirar a Franco por la borda es una de las mayores puerilidades que pueden imaginarse». Quien fue director de *La Vanguardia* en tiempos de la República añadía que «es una ilusión paralela de aquella promesa de alumbramiento que La

voz de América y la BBC de Londres nos hicieron a los pobres españoles liberales, durante toda la guerra de 1940».

El franquismo se modernizaba y se abría sin dejar de ser una dictadura y, a cambio, el régimen de Franco obtenía las credenciales para ir por el mundo sin la vergüenza de los apesadados. Los intereses, no tanto los valores, hacen de palanca. Los equilibrios internacionales se basan en la moral de geometría variable, entonces y ahora. Basta con tener en mente las dictaduras y autocracias del presente para hacernos una idea de lo que sintieron los perdedores de la Guerra Civil cuando el presidente de Estados Unidos hizo saber que el Caudillo era un socio muy apreciado.

Del tándem Ike-Franco al tándem Trump-Abascal. Sólo han pasado 66 años. La broma es enorme. Karl Marx escribió que «La Historia ocurre dos veces: la primera vez como una gran tragedia y la segunda como una miserable farsa». Farsa pero muy peligrosa. La distancia entre Eisenhower y Trump es oceánica en todos los sentidos, porque el millonario convertido en presidente constituye un desafío sin precedentes para el sistema institucional creado a partir de la independencia de las trece colonias fundadoras del país en 1776. Las distancias entre Franco y Abascal también resultan abrumadoras, siempre que dejemos a un lado el sustrato ideológico que les une. El mundo de Trump no es el de la Guerra Fría, pero los neofranquistas han sido elegidos por aquel que quiere ejercer sin disimulo como nuevo emperador. Los políticos de Vox se proclaman «patriotas» pero bailan al son de la música que tocan desde el número 1600 de la avenida Pensilvania, en el corazón de la capital estadounidense.

Trump representa la encarnación de la gran amenaza que los fundadores de la república americana quisieron conjurar cuando proclamaron su independencia del rey inglés Jorge III: la tiranía. Nunca más bajo el gobierno de ningún tirano es la

promesa que se hicieron y que hicieron a las generaciones futuras. Ahora, sin embargo, la presidencia de Estados Unidos ha tomado un cariz cada vez más autoritario, más alejado del espíritu fundacional del país. Madeleine Albright, que fue la primera mujer en ejercer como secretaria de Estado, junto al presidente demócrata Bill Clinton, lo dejó escrito antes de morir, en el libro *Fascismo. Una advertencia*: «Si consideramos el fascismo como una herida del pasado que estaba prácticamente curada, el acceso de Donald Trump a la Casa Blanca sería algo así como arrancarse la venda y llevarse con ella la costra». Los politólogos Steven Levitsky y Daniel Ziblatt van en la misma línea en su esclarecedor ensayo *Cómo mueren las democracias*, donde hacen referencia al primer mandato del magnate: «El comportamiento del presidente Trump con respecto a los tribunales, a los organismos de inteligencia y de aplicación de la ley y a otros organismos independientes parecía extraído de un libro de tácticas para dictadores. Trump habló sin tapujos de utilizar al Departamento de Justicia y al FBI para perseguir a los demócratas, incluida Hillary Clinton». Estos profesores añaden el dato que hay que retener a partir de ahora: «El punto en el que Trump se distancia más de sus predecesores estriba en su voluntad de desafiar las reglas no escritas más trascendentes, incluidas reglas esenciales para la salud de la democracia. Entre ellas figuran algunas normas de toda la vida que separan los asuntos privados de los públicos, como las que regulan el nepotismo».

El franquismo tenía identificados a sus enemigos desde el primer minuto. Lo resume el historiador Santos Juliá: «Desde el mismo momento de la rebelión, y aun antes, los militares insurrectos decidieron aplicar las más drásticas medidas para extirpar los males del liberalismo, el republicanismo, el separatismo, la masonería, el comunismo, el sindicalismo, el socialismo y el anarquismo a los que habían atribuido el hundimiento

de la patria. Drásticas medidas quiere decir detenciones en masa, consejos de guerra sumarísimos y fusilamientos a mansalva». Pero, como también anota el catedrático de la UNED, estamos ante un sistema que tiene capacidad para ir cambiando de piel a fin de perpetuarse: «De la misma manera que hasta 1945 la impregnación dominante fue el fascismo, y hasta 1957 el nacionalcatolicismo, a partir de 1959 y, sobre todo, desde 1962, el régimen se adaptó como un camaleón al mercado internacional y, sin renunciar a su legitimidad de origen –la victoria–, insistió en una especie de legitimidad de ejercicio que vendría de su eficiencia desarrollista».

El neofranquismo de Vox no esconde tampoco a sus enemigos: el multiculturalismo, lo que llaman «ideología de género», el globalismo, las políticas de inmigración abiertas, el ecologismo y las políticas contra el cambio climático, el movimiento *woke* y la corrección política, y los partidos catalanistas, vasquistas y galleguistas (propongan o no la independencia), así como las comunidades autónomas, que quieren suprimir. Todo este programa va envuelto en una idea nostálgica que propugna volver a una España idealizada que se parece mucho a la sociedad del franquismo desarrollado de los años sesenta, cuando el régimen ofrecía crecimiento económico y estabilidad a unas nuevas clases medias, bajo un fuerte control social combinado con una pátina de modernización que convivía con valores tradicionales muy arraigados, con jerarquías incontestables y promesas de ocupación plena y de bienestar material. Sin esa nostalgia, no se entiende el éxito electoral de Vox, lo que conecta directamente con el lema principal de Trump: «Make America Great Again». Hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande, como se supone que era en un pasado también idealizado y, por tanto, falso. Que los aranceles que Trump impone al resto del mundo castiguen y pongan en peligro a empresas, trabajadores y campesinos en el

Estado español no parece incomodar a los dirigentes de Vox, capaces de justificar cualquier cosa que haga su principal referente.

Vivimos tiempos extraños –de neofranquistas entregados en cuerpo y alma a un presidente estadounidense que parece una parodia– que invitan a preguntarnos si todo esto no es una pesadilla o una serie distópica de Netflix. Lo pienso a menudo desde mi escaño en el Congreso de los Diputados, cuando escucho los discursos de Vox y los discursos de los populares, atrapados estos en un seguidismo incomprensible de los ultras, de una manera tan estúpida y mecánica que pone de manifiesto que, en el carro de la derecha tradicional, parece que no haya nadie al volante.

En estas horas intensas, en las que se mezclan las inquietudes de la razón y la risa ante lo que resulta grotesco, en las que hago esfuerzos para mantener la cabeza clara ante tantas tonterías, procuro buscar refugio en algunas voces sabias. Por ejemplo, Albert Camus, el escritor que plantó cara a todas las dictaduras, que combatió al ocupante nazi, que denunció a Franco, que no se dejó seducir por el comunismo soviético. En las *Cartas a un amigo alemán*, en plena Segunda Guerra Mundial, cuando la oscuridad era indescriptible, Camus escribe un programa que, a fecha de hoy, me parece de una actualidad incontestable: «Me atrevería a decirle que luchamos precisamente por matices, pero por unos matices que tienen la importancia del propio hombre. Luchamos por ese matiz que separa el sacrificio de la mística; la energía, de la violencia; la fuerza, de la crueldad; por ese matiz aún más leve que separa lo falso de lo verdadero y al hombre que esperamos, de los cobardes dioses que ustedes soñarán». Que el fascismo –bajo etiquetas diversas como nacionalpopulismo u otros– esté volviendo es desconcertante y también puede conducirnos al desánimo. Pero no podemos permitirnoslo.

Y cuando todo falla, y las nubes más oscuras tapan la luz en medio de una banalidad estremecedora, mi pensamiento conecta con el hermano mayor de mi madre, el tío Francisco, que cuando tenía veintinueve años fue asesinado en el campo nazi de Mauthausen, como tantos que lucharon contra las tropas franquistas y después, con la derrota de 1939, tuvieron que hacer el camino del exilio. Es también por él y por su memoria de antifascista que me obligo a mantener el espíritu vivo y la mirada atenta sobre el paisaje que me rodea. ¿Qué derecho tengo a considerar como fatalmente inevitable e imparable el regreso de las fuerzas del odio que, con viejas y nuevas banderas, se afanan por seducir a la gente? Ningún derecho, ciertamente.

Le escuché varias veces al añorado Xavier Rubert de Ventós una cita de Thomas Mann según la cual «el fascismo sobrevuela Estados Unidos pero siempre acaba aterrizando en Europa». Desgraciadamente, esta máxima ha sido desmentida de forma impactante en este siglo XXI en el que los reaccionarios quieren pasar por hombres del futuro, revestidos de una arrogancia superada sólo por las altísimas dosis de obscenidad y de ignorancia que exhiben. Me parece que también fue Mann quien –en un momento de mayor capacidad adivinatoria– advirtió que «el fascismo llegará a América hablando de libertad». Así ha sido.

La libertad es una palabra deformada por todos los que quieren destruirla. Los políticos ultras de todo el mundo utilizan la palabra *libertad* para presentarse como defensores del pueblo en contra de las élites y los partidos tradicionales, y para forzar la polarización constante con las formaciones de izquierda, que identifican con la negación de la libertad individual. La corrupción del lenguaje es imparable. En este sentido, Isabel Díaz Ayuso, presidenta autonómica madrileña y cabeza visible del ala más derechista del PP, también adereza todos

sus discursos con solemnes y constantes apelaciones a la libertad: «Quiero que los madrileños sigan siendo los protagonistas de esta historia. Y, por tanto, quiero que ahora los madrileños sean los que eligen entre socialismo o la libertad». La dirigente popular compite directamente con Vox en la capital española para agrupar a todo el electorado de derechas, lo que la hace indistinguible de los dirigentes de la formación que lidera Abascal. En la maleta de estos personajes está la lectura mal digerida y retorcida de pensadores como el liberal Friedrich A. Hayek, quien en su obra más importante, *Camino de servidumbre*, publicada en 1944, escribe cosas como estas: «Es importante recordar que algún tiempo antes de 1933 Alemania había alcanzado un punto en que hubo de tener en efecto un gobierno dictatorial. Nadie pudo entonces dudar que, por lo pronto, la democracia se había hundido, y que demócratas sinceros, como Brüning, no eran más capaces de gobernar democráticamente que Schleicher o Von Papen. Hitler no tuvo que destruir la democracia; tuvo simplemente que aprovecharse de su decadencia, y en el crítico momento obtuvo el apoyo de muchos que, aunque detestaban a Hitler, le creyeron el único hombre lo bastante fuerte para hacer marchar las cosas».

La libertad es la base de las grandes revoluciones atlánticas que abren la puerta de la edad contemporánea. Como admirador que soy de la democracia norteamericana y de sus contrapesos institucionales no puedo más que sentirme fuertemente preocupado por el experimento de la segunda presidencia de Trump, marcada por la arbitrariedad, la censura, el desprecio al Estado de derecho, la incitación al miedo y el desmontaje de las políticas sociales y de una parte considerable de la administración pública. ¿Dónde ha ido a parar la promesa original de la revolución americana? La amenaza es más que seria. Mientras escribo estas líneas, el FBI ha anunciado la detención y procesamiento de la jueza Hannah Dugan de Wisconsin por lo que

el gobierno Trump considera «obstrucción» a la detención de una persona migrante. Este hecho tuvo lugar después de que varios jueces expresaran sus críticas sobre las detenciones arbitrarias, algunas realizadas en lugares como las oficinas de inmigración. La sombra de la dictadura comienza a proyectarse sobre la división de poderes, principio esencial de todo Estado de derecho.

Como europeo, catalán y ciudadano con pasaporte español no puedo más que sentirme interpelado de forma personal por el avance de unas derechas extremas que, aliadas con el centro del imperio, se esfuerzan por llegar al poder institucional mediante las elecciones democráticas; de la misma forma –hay que recordarlo una vez más– que lo hizo Adolf Hitler. El fascismo que nos quiere arrodillados es siempre, obviamente, un asunto personal. Por eso he escrito este libro, para contribuir a analizar y detener esta ola, que ya no es una mera hipótesis.